

Alienación y sectores medios en *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?*, de Hans Fallada¹

Francisco García Chicote²

Resumen:

El artículo indaga la configuración de los procesos alienantes a los que se enfrenta el protagonista de *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?*, de Hans Fallada, a la luz del desarrollo de los sectores medios alemanes en la República de Weimar. Se cuestiona así la interpretación adorniana de la novela y se especula acerca de la contribución de esta a la teoría marxista de las alienaciones capitalistas.

Palabras-clave: Empleados; marxismo; literatura; República de Weimar.

Alienation and Middle Classes in Hans Fallada's *Kleiner Mann – was nun?*

Abstract:

The essay attempts to examine the various alienating processes to which the main character of Hans Fallada's *Kleiner Mann – was nun?* is confronted in the light of the development of the middle classes in the Weimar Republic. Adorno's analysis of the novel is criticized; thus, the text assesses Fallada's esthetical contribution to a Marxist theory of capitalist alienations.

Keywords: White-collar workers; Marxism; literature; Weimar Republic.

[C]entenarios de dependientes alemanes (...), concedores de todas las operaciones comerciales y de 3 o 4 idiomas, ofrecen en vano sus servicios en la City londinense por 25 chelines semanales, muy por debajo del salario de un mecánico experto.
Friedrich Engels

1. Los sectores medios alemanes en el período de entreguerras

¹ Revisão de Juan Retana Jiménez.

² Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet – Argentina).

Una parte del capital de una sociedad se encuentra en el mercado en *constante transición*, sujeta a una continua metamorfosis formal: como mercancía para transformarse en dinero, como dinero para transformarse en mercancía. Con la expansión del capital productivo de dicha sociedad, la función de esta parte del capital asume una relativa autonomía y se convierte en capital comercial. Separado de la industria, adquiere sus propias particularidades: en la medida en que circula una mercancía “terminada”, el capital comercial no produce *ningún valor* (ningún plusvalor); sin embargo, porque opera como intermediario para la realización de la mercancía en el consumo, el capital comercial participa del proceso de reproducción de dicha sociedad. Cuando, en 1865, Marx se dedicó a este factor de la circulación, se detuvo en la naturaleza de aquel trabajador que está bajo su órbita, sujeto, por lo tanto, a sus dos rasgos más salientes: continua metamorfosis formal y ninguna producción de valores. Las conclusiones de sus argumentos apenas ocupan el espacio de media carilla. De acuerdo con el análisis marxiano, el empleado comercial se enfrenta a una precarización más pronunciada que la que sufre el proletariado. Esta situación particular proviene para Marx no solo de la permeabilidad de su actividad frente a la división del trabajo sino también de que se considere como un auxiliar del capitalista. Gracias a su amigo, que en 1894 editó el manuscrito como el tercer libro de *Das Kapital*, sabemos que el autor dejó, en el lugar conferido a la determinación del empleado comercial, dos páginas en blanco, lo que “indic[aría] que este punto habría de ser tratado con mayor detalle” (MARX, 1985 III, p. 385). Hoy, a 150 años de la redacción del tercer libro, dos páginas contribuirían poco a saldar la cuestión, mucho menos las breves líneas que Marx sí llegó a escribir. Desde principios del siglo XX, el capitalismo dio lugar a procedimientos de manipulación del consumo muy sofisticados –que exigen una actualización de la comprensión teórica de Marx porque repercuten directamente en factores condicionantes de la circulación– tales como una especialización milimétrica de las tareas relacionadas con el capital comercial que a mediados del siglo XIX podían alcanzar solo una existencia embrionaria o a lo sumo parcial o epifenoménicamente desarrollada. Un caso de despliegue epifenoménico lo ofrece el pequeño e “indefenso” Akaki Akákievich, tipificación del *chinovnik* ruso, personaje de *El capote*, la obra de N. V. Gogol que marcara un punto de inflexión en la narrativa rusa. Su docilidad, la absoluta precarización de su estado, su confusión acerca de quiénes comparten su destino de clase, la consecuente contradictoria y trágica relación con el consumo de bienes de lujo, la altísima discordancia entre capacidades atrofiadas y capacidades hipertrofiadas (esto es, su alienación), hacen de Akaki una tipificación (rusa) de esta descripción conceptual de Marx, a la vez que contribuyen a iluminar, en una alianza fecunda entre

literatura y teoría, aquellos rasgos fundamentales del sector de empleados comerciales en un momento en el que éstos han alcanzado un desarrollo más completo: la República de Weimar.

Desarrollo más completo en la medida en que, hacia el cambio de siglo, los sectores asalariados vinculados a la circulación del capital habían alcanzado una forma de existencia autónoma. A partir de 1890, el término *Angestellter* (empleado) surge como diferenciador respecto de, por un lado, *Beamte*, funcionario estatal que gozaba de una formación multilateral y unos derechos privilegiados, y su contraparte en la esfera privada, el *Privatbeamte*, cuyo origen Marx comprende como el resultado del crecimiento del capital productivo y cuyas funciones están relacionadas con actividades administrativas tanto de la producción como de la circulación de valores. Por otro lado, el término buscaba la distinción con la gran masa de trabajadores (*Arbeiter*), cuya relación con el capital productivo era directa. La posición “intermedia” del empleado respecto de los dos polos se cristaliza en la legislación de derechos laborales de este sector, de 1911, única en Europa, que logra, tras una década de luchas gremiales, prerrogativas por encima de aquellas pertenecientes a la gran masa de trabajadores, pero que no alcanzan los privilegios del estamento de los *Beamten*. La ley muestra, acaso, el curso que toma la ambigüedad y precarización que, según Marx, caracterizan este sector.

¿Qué vínculo mantiene la forma *Angestellter* con las anteriores de *Beamte* y *Privatbeamte*? Hay, entre ambas, una clara relación ideológica unánimemente constatada por la crítica (SPEIER, 1977; KOCKA, 1981; CHILDERS, 1991; BAND, 1999) y que constituye no solo las bases de configuraciones teóricas y estéticas de la República de Weimar (ante todo los trabajos de Siegfried Kracauer, Erich Fromm, Hans Fallada, Werner Türk, pero también Ernst Bloch, Walter Benjamin), sino también de las luchas políticas de los gremios de empleados: el AFA-Bund, aliado con la socialdemocracia, y los Gedag y GdA, de tendencia reaccionaria, eventualmente nazis. Al respecto, la relación es la de una *compleja identificación*. En la Alemania de la década de 1920, el sector en cuestión representaba el 11 por ciento de la población activa. Con tres millones y medio de empleados, era el que más había crecido en el último cuarto de siglo. El 65 por ciento eran vendedores de comercio, mientras que el resto se desempeñaba como oficinistas y burócratas de cargos de poca responsabilidad. Desde el punto de vista de sus funciones, el sector de los empleados del capital comercial en estos años sufría una creciente especialización determinada –producto de una racionalización hipertrofiada de ciertos aspectos de capacidades específicas– en terrenos que antes eran vinculados al sector de los *Beamten*. En un diagnóstico idéntico al de Marx, Hans Speier describe en 1977 el proceso de

racionalización de los empleados de la República de Weimar en términos de la desaparición de una determinación clave en la configuración subjetiva del pequeño burgués decimonónico: el *Beruf*. En palabras de Speier:

La masa de los empleados tenía tareas parciales; pero quien solo desarrolla trabajos parciales no puede adquirir un interés vivo en el trabajo entero. Eso significa que la “profesión” estaba acabada. En ningún lugar era este hecho más visible que el entrenamiento profesional de los jóvenes. Solo en casos excepcionales los aprendices eran instruídos de manera tal que tuvieran conocimiento de todos los aspectos de su ocupación, y solo de manera excepcional adquirirían la habilidad de entender el proceso de trabajo como una totalidad. (SPEIER, 1986, p. 84)

Este proceso, que de acuerdo con Kracauer se ve ilustrado en la transición de la clase de piano a la de mecanografía³, supuso por un lado una “proletarización” de funciones, que implicó, como había sido anticipado por Marx en 1865, la precarización y el ingreso de sectores proletarios a ocupar puestos de empleados. Pero como obstáculo a una proletarización total, el hecho de que las funciones de los empleados provinieran de los tradicionales sectores medios posibilitó objetivamente, por otro lado, una problemática identificación ideológica con las clases obreras. Speier explica cómo esta tensión se ve reflejada en las dos “teorías” contrapuestas que regían las posiciones políticas de los tres gremios más importantes de empleados: mientras que el AFA-Bund mantenía una posición clasista, proletaria, fundada en la “teoría de clase baja” y llamaba a la hermandad entre empleados y proletarios, el Gedag y el GdA, ligados a elementos de la derecha y el nazismo, impulsaban una identificación de los empleados con los antiguos estamentos medios, amparados en una “teoría de clase media” (SPEIER, 1986). Si bien la distancia entre estas dos posiciones no coincide con aquella entre el ser y la conciencia de los empleados (sería una simplificación distorsiva sostener que los empleados eran proletarios que pensaban como burgueses), sus obstáculos internos están condicionados por la ambigüedad intrínseca del sector. Prueba de ello es que la creciente proletarización del sector (*i.e.*, su masificación, su racionalización, la

³ Con este caso ejemplifica Kracauer el proceso de subsunción de las facultades de las viejas clases medias al proceso productivo del capitalismo desarrollado: “Cuando las cosas le iban mejor a la clase media, algunas jóvenes que ahora se dedican a perforar practicaban estudios en los pianos familiares. De todos modos, la música no desapareció por completo de aquel proceso, que el ‘Consejo Nacional para la Productividad’ define del siguiente modo: ‘Racionalización es la aplicación de todos los medios que ofrecen la técnica y el ordenamiento planificado para incrementar la productividad y, con ello, para aumentar la producción de bienes, para abaratar estos y, también, para mejorar su calidad’. Repito que la música no desapareció por completo. He oído hablar de un taller industrial que contrata a jóvenes del liceo, asignándoles un sueldo, y hace que un profesor del propio taller les enseñe mecanografía. El astuto profesor enciende un gramófono, al ritmo del cual deberían tipear las estudiantes.’” (KRACAUER, 2008, p. 133)

precarización de sus condiciones como elemento constitutivo de su ser) no condujo al fortalecimiento de las organizaciones sindicales de izquierda, sino a todo lo contrario. Mientras que hacia la mitad de la década de 1920, el AFA-Bund nucleaba más de la mitad de todos los empleados agremiados, hacia 1931 tres cuartas partes engrosaban organizaciones políticas burguesas (BAND, 1999, p. 139). En las palabras de Speier: “No solo muchos empleados comerciales mantuvieron sus actitudes y valores antiproletarios a pesar de su propia proletarización, sino que también retuvieron algún compromiso positivo hacia las tradiciones de la clase media.” (SPEIER, 1986, p. 83) Cuando, en 1935, Werner Türk publica la novela *Kleiner Mann in Uniform (Pequeño hombre en uniforme)*, el apoyo del nuevo sector medio alemán, el empleado comercial, a la dictadura nazi era un hecho indiscutible.

De los trabajos que abarcan la alienación de los sectores medios durante la última parte de la República de Weimar, destacan los ensayos de Siegfried Kracauer publicados en 1930 *Die Angestellten* y la novela de Hans Fallada de 1932, *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?*. Si bien recurren a métodos compositivos diversos –la primera ofrece un montaje de “instancias de realidad”, mientras que la segunda presenta una tipificación ficcional realista–, las obras de Kracauer y Fallada mantienen una alianza de interés y perspectiva que las distinguen de trabajos contemporáneos limitados por una estrechez empiricista (como los de Otto Suhr o Erich Fromm) o una distorsión idealista (como los trabajos de los “revolucionario-conservadores” o incluso la novela de Christa Anita Brück, *Schicksale hinter Schreibmaschinen – Destinos tras las máquinas de escribir*). En la medida en que parten de un análisis de las relaciones materiales peculiares que condicionan las posibilidades objetivas para el desarrollo de la conciencia, su contribución a la crítica de la alienación de los sectores medios puede tenerse como *continuación* del trabajo que Marx se vio forzado a dejar incompleto. Para el caso de la novela de Fallada, esta situación –que confirma la peculiar potencia crítico-cognitiva del reflejo estético– se enfrenta radicalmente con las interpretaciones de Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, quienes *utilizan* la novela como caso *ilustrativo* de un supuesto proceso de descomposición *general* del individuo. Desde el punto de vista de estos pensadores, Fallada mostraría cómo una “civilización de empleados” habría acabado con las categorías de padre y herencia, pilares de la sociedad burguesa, y dejado al individuo en una “dependencia sin salida”, en la que este desarrollaría rasgos masoquistas. Apoyándose en las degradantes condiciones que el personaje de Fallada ha de aceptar para ser empleado en una tienda, Adorno y Horkheimer afirman:

La actitud a la que cada uno está obligado a demostrar siempre otra vez su participación moral en esta sociedad hace pensar en los adolescentes que, en el rito de admisión a la tribu, se mueven

en círculo, con sonrisa idiota, bajo los golpes del sacerdote. La vida en el capitalismo tardío es un rito permanente de iniciación. Cada uno debe demostrar que se identifica sin residuos con el poder por el que es golpeado. (ADORNO; HORKHEIMER, 2002, p. 149)

Las páginas siguientes mostrarán que generalizaciones de este tipo no pueden derivarse sin manipulación distorsiva de la novela, que no solo *no ofrece ningún indicio sobre alguna condición humana*, sino que, por el contrario, *ilustra concretamente los procesos de alienación de un sector social por los que surge en el seno de este un modo efectivo de opresión, que se percibe como condición humana*. En este sentido, *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?* ofrece una crítica histórico-concreta de la alienación: un análisis del modo en que la división del trabajo destroza determinaciones subjetivas anteriores (de una genericidad para sí limitada), pero no emplaza *motu proprio* sujetos genéricamente conscientes. Al separar conceptualmente el momento positivo de la alienación –destrucción de determinaciones de sujeto que no pueden desplegar una conciencia de género– del negativo –imposición de nuevas y más complejas trabas para la concientización–, una crítica de este tipo es al mismo tiempo el realce de las posibilidades objetivas de la superación de la alienación y denuncia el sesgo romántico-reaccionario de propuestas como la de Horkheimer y Adorno⁴.

2. Johannes Pinneberg, un chinovnik moderno

Al encontrarse Johannes Pinneberg una mañana, tras un sueño intranquilo, frente a la fachada de la gran tienda Mandel, en la que, gracias a una manipulación del novio de su madre, espera conseguir un empleo de vendedor de ropa masculina, apenas tiene la vaga impresión de los cambios ominosos que le esperan. A Pinneberg, protagonista de la novela de Fallada, la magnitud de la tienda lo impresiona: “¡Por Dios, todo es Mandel!”. Otra vez está en Berlín; debió volver a su ciudad de origen luego de perder un empleo en una pequeña oficina comercial de Ducherow a causa de los celos de una mujer. Allí, el joven de 23 años no pudo sortear los enredos irracionales de las empresas familiares. Dos veces fue echado por el mismo motivo: pretendía que el capital para el que trabajaba fuera autónomo, que no sufriera ninguna intervención por parte de los familiares del dueño. Así,

⁴ En esta definición de la alienación, el desfase histórico-concreto entre el desarrollo hipertrofiado de las capacidades humanas y el despliegue atrofiado de su conciencia, coinciden plenamente los trabajos de Siegfried Kracauer escritos durante la República de Weimar en torno de los empleados comerciales y la *Ontología del ser social*, obra póstuma del filósofo marxista György Lukács.

terminó en la calle tras negarse a hacer un mandado pedido por la esposa del primer patrón. Así, en el empleo subsecuente, la hija del patrón lo pretendía y, a pesar de todas las ingeniosas prácticas empleadas por el héroe para cubrir el hecho de que él ya tenía una esposa (que por demás esperaba un hijo), la enamorada terminó por descubrir que el hombre anhelado amaba a otra y, descorazonada, provocó su despido incondicional.

Frente al edificio de las tiendas Mandel, en Berlín, Pinneberg concluye que las firmas para las que hasta ahora trabajó ni siquiera llegan a una centésima parte del monstruo mercantil que se yergue ante sus ojos. Tres carteles marcan el recorrido de Pinneberg: “Oficina de personal Mandel”; a su lado, aún más grande, “Toda solicitud de empleo es en vano” y un tercero: “Entre sin golpear”. Eso hace el joven.

Lo que Pinneberg experimenta una vez traspuesto el umbral de la oficina de personal es muy diferente de aquel entretelón de envidia, celos y dramas familiares que condicionaba el escenario laboral de Ducherow. Allí, el escaso volumen de mercancías se contraponía a la inflada masa de las personas, tanto en su aspecto corporal (en la ciudad de provincia abundan los obesos, en Berlín, por el contrario, los delgados) como en su concepción egoísta de la vida. El absurdo de estos personajes de provincia, que se sigue de la combinación desigual entre el carácter efectivo de su participación en la reproducción social y los derechos que se arrogan para emplazar una unidad personal particular (la hija de un empresario de papas alcohólico, mal comerciante y mentiroso, debe creerse la niña de Napoleón para, a sus treinta y dos años, verse en el derecho de descorazonarse y exigir la inmediata expulsión de un joven que, por otra parte, apenas le ha dirigido la palabra) es consecuencia de un espacio más flexible de posibilidades objetivas para el desarrollo de posibilidades subjetivas. Por un lado, esto quiere decir que la división social capitalista del trabajo deja en Ducherow aún terrenos sobre los que pueden originarse, en lo subjetivo, ciertas unidades (aunque estas sean –cada vez más– limitadas); por otro lado, esto indica un carácter altamente desigual de desarrollo: el dueño de la empresa para la que trabajaba Pinneberg en la ciudad de provincia invocó su derecho de despido porque, absurdamente, elevó el capricho de su hija a una cuestión de honor, mientras que su propia mujer no encontraba otra manera más efectiva de combatir las relaciones adúlteras que él tenía de manera compulsiva que la de sedarlo todas las noches y cerrar con llave toda puerta y ventana de la casa.

Cuando, por lo tanto, Pinneberg se impresiona por la dimensión del edificio berlinés ante sus ojos y dice “¡Por Dios, todo es Mandel!”, la frase indica claramente el tamaño del capital para el que espera conseguir un empleo. Para el momento en que Pinneberg vive (la historia se sitúa en el período entre 1930 y 1932), el tamaño del edificio es, todavía, indicador de

la cantidad de mercancías que circula la empresa. Consecuentemente, la frase también es indicadora de un avance significativo de la división social del trabajo sobre terrenos que antes podían dar lugar al surgimiento de unidades limitadas. Si Mandel es todo, lo que no es Mandel (y ya el nombre de la empresa no refiere para nada, como en las tiendas de Ducherow, a la familia que lo compone: se trata de una maquinaria que en el plano de la apariencia efectiva se rige autónomamente), la vida de sus empleados, la reproducción en todos los niveles de su ser social, no es nada. En la novela de Fallada, la vida del empleado berlinés está tan sujeta al carácter desgarrador de la división del trabajo, que el lugar de la posibilidad subjetiva pertenece enteramente al ámbito de la esperanza o de la contingencia absurda⁵, esto es, dos determinaciones que no tienen existencia real pero que efectivamente se ubican en un plano trascendente, operan como inhibidores de toda praxis entendida en términos no distorsionados. La realización del empleado depende de la lotería, pero, como diría Balzac en *Un ménage de garçon*, la lotería es “l’opium de la misère” (BALZAC, 1855, p. 121).

¿De qué manera se suprime al empleado? ¿Cómo se lleva a cabo, en Fallada, la destrucción de la individualidad cuando Pinneberg pasa de Ducherow –ciudad de provincia, en la que aun subsisten lo que Marx llama “desarrollos limitados”– a Berlín –Metrópolis de la Modernidad, o, para usar una frase del mismo Marx, “orgía del capital” desarrollado–? El avance de la división social capitalista del trabajo no significa la subsunción paulatinamente creciente de cada capacidad de la persona a los fines de la mera acumulación de un capital determinado. No se trata de una simple “robotización”, sino de un creciente y cada vez más refinado desgarramiento de cada una de las capacidades que las personas han sabido desarrollar socio-históricamente sobre la base de sus determinaciones orgánicas. Al entrar a la oficina, Pinneberg encuentra un mostrador que le impide el paso:

Un mostrador. Detrás, cinco máquinas de escribir. Detrás de las cinco máquinas, cinco chicas, jóvenes unas, mayores otras. Las cinco alzan la vista y la vuelven a bajar en el acto mientras prosigue el repiqueteo: ninguna se ha dado cuenta de que ha entrado alguien. Pinneberg se detiene un momento y espera. Después le dice a una de blusa verde, que es la más cercana: — Perdone, señorita...

—Dígame —dice la de blusa verde con una mirada de enfado, como si le hubiera exigido allí mismo que le atendiera sin más dilación...

—Desearía hablar con el señor Lehmann.

—¡El cartel del exterior!

—¿Cómo?

⁵ Piénsese en la herencia de un tío inexistente en otra novela de Fallada, *Kleiner Mann – grosser Mann* (*Pequeño hombre, gran hombre*).

—¡El cartel del exterior!!

—No la entiendo, señorita.

La de blusa verde está furiosa. —Lea usted el cartel del exterior. Las solicitudes de empleo son inútiles.

—Ya lo he leído, pero estoy citado con el señor Lehmann. Me espera.

La joven —Pinneberg opina que, por lo demás, tiene un aspecto muy agradable y cortés, aunque ¿le hablará a su jefe igual que a los colegas? —, la joven lo mira enfadada.

—¡Nota! ¡Rellene la nota! —exclama muy alterada (FALLADA, 1955, pp. 107ss).

Que la perspectiva de la narración coloque las cinco máquinas de escribir por delante de quienes las operan no es un hecho fortuito, sino que se halla en relación con el procedimiento metonímico de la blusa verde: ni uno ni otro son meramente sugestivos recursos literarios de extrañamiento, sino instrumentos mediante los que se pone en evidencia el retroceso de las personas y su puesta al servicio de un modo de producción que, en su apariencia efectiva, actúa autónomamente como el uniforme del personaje Johnie Grey, encarnado por Buster Keaton, en *The general*⁶. Mientras que en Ducherow, las relaciones afectivas condicionaban las relaciones sociales de producción porque era posible, objetivamente, creer que el capital, o al menos, cierto capital, repercutía positivamente en la ética de quienes ostentaban su propiedad, aquí la única relación visible (y, puesto que se trata de una configuración estética, ha de inferirse de esta visibilidad un factor objetivo) es la opuesta: es al servicio de la máquina que la visión de las secretarías se desgarrá al punto de solo poder percibir visualmente objetos a una distancia corta. *Lo que hay más allá de la incumbencia de la máquina pertenece al espacio de la ceguera*. La descripción de la desactivación sensorial parcial se halla relacionada con los factores que la condicionan: la división social capitalista del trabajo. Otro tanto sucede con su habla. “¡Cartel!”, “¡Formulario!”: solo son utilizadas aquellas propiedades del lenguaje que sirven al máximo la ejecución de tareas que nada tienen que ver con la experiencia vital de los trabajadores. Akaky Akákievich también sufre de un desgarramiento similar al de las secretarías de Mandel: el ruso nada más podía hacer que copiar actas, al punto que, ofrecido una tarea más simple y que redundaba en un estatus superior, tuvo

⁶ Al respecto, ya en *El capital* denunciaba Marx el uso metonímico del “hands” en la bibliografía inglesa sobre la industria para referirse a personas de carne y hueso empleadas como obreros. En otro pasaje del mismo capítulo dice: “En este aspecto nada es más característico que la denominación de ‘full times’, que se da a los obreros que trabajan todo el tiempo, y la de ‘half times’, aplicada a los niños menores de 13 años, que legalmente solo pueden trabajar 6 horas. *El obrero, aquí, no es nada más que tiempo de trabajo personificado. Todas las diferencias individuales se disuelven en las de ‘tiempos completos’ y ‘medios tiempos.’*” (MARX, 1985 I, p. 292; el subrayado es nuestro)

que pedir volver al viejo trabajo de la copia. Además, como las secretarias alemanas, el copista ruso no podía ver más allá de sus renglones ni articular más que palabras sueltas.

Pinneberg es llamado a comparecer frente al jefe de personal, Lehmann, que ya tenía noticias del aspirante a través de un tráfuga, amante de ocasión de la madre de Pinneberg, involucrado, al igual que ella, en la prostitución. Este “padrastró” del joven empleado le aseguró que el jefe del personal le daría un empleo sin chistar. Sin embargo, frente a Pinneberg, el jefe se conduce fríamente, le recuerda que la compañía no emplea por el momento a nadie, dice no conocer el nombre del padrastró y señala que Pinneberg no tiene formación alguna en el ramo de la empresa. Tartamudeando, el joven se dispone a despedirse y, totalmente desesperanzado, presencia un cambio abrupto de actitud por parte de su jefe, quien como si nada lo contrata y le insiste que le que comunique a su padrastró acerca de su nuevo empleo.

Pinneberg es llevado hasta la desesperación ante la posibilidad de engrosar las filas de los desempleados, un destino casi irrevocable en la Alemania de 1930; esta manipulación significa para el jefe de personal un juego de rasgos sádicos. Lehmann debía deberle algún favor al padrastró de Pinneberg; su empleo, aunque este no lo supiera, era cosa segura. Pero precisamente porque el joven temía sobre la posibilidad de no tener dinero para sostener a su familia, se dio Lehmann el lujo de humillarlo. Que la combinación de burocratización y sadismo lograron desgarrarlo lo atestiguan las siguientes líneas, que describen al personaje cuando sale de la entrevista: “Está cansado, tan cansado como si hubiera trabajado todo el día hasta el límite de sus fuerzas, como si hubiera estado en peligro de muerte y se hubiera salvado por los pelos, como si hubiera sufrido un shock. Sus nervios han gritado, quejumbrosos, y ahora permanecen desmadrados y no dan más de sí” (FALLADA, 1955, p. 113). Difícilmente podría hablarse de masoquismo en esta descripción de la alienación. Reconocer ciertos aspectos sádicos en el comportamiento del jefe de sección no implica aceptar de lleno el juicio de Horkheimer y Adorno en torno a la novela de Fallada y el capitalismo desarrollado (cf. pasaje arriba citado). Mientras que estos autores absolutizan, homogeneizando sus conflictos internos, el poder del capital y entienden consecuentemente el par sadismo-masoquismo como una unidad estática en la que se diluye la lucha de clases, la novela de Fallada (y los ensayos de Kracauer) indica, por un lado, que la relación de sumisión se da siempre en el marco de una “libertad” capitalista: liberado de toda sujeción tradicional, el individuo puede elegir entre morir de hambre o ser quebrantado por la máquina. Dicho quebrantamiento es *vivenciado como dolor implacentero*. Por otro lado, tanto Fallada como Kracauer muestran que esta “orgía del capital” (MARX, 1985 I, p. 336) es

intrínsecamente ambigua: ha de exterminar la dignidad del padre para funcionar sin obstáculos, pero al mismo tiempo es precisamente la muerte simbólica del padre la que ha de permitir objetivamente la conciencia de clase, es decir, la efectivización del comienzo de la historia.

El miedo, coherentemente, proviene del conocimiento acerca de la precariedad, del desamparo de la situación del empleado. Precisamente porque consiguió un trabajo mediante una simple transacción, Pinneberg siente que pertenece más bien a los desempleados que vagan por el Tiergarten perdidos y desesperanzados. Tan traumática es la experiencia de su contratación en Mandel, que se da cuenta que él no es un hombre omnilateral, portador de cultura, sino una mercancía que vive, como el capital comercial que lo empleo, bajo el modo de continua metamorfosis formal: empleado-desempleado.

Refirámonos por el momento a los dos factores constituyentes de Pinneberg. Por un lado, el miedo en tanto rasgo de su “carácter”, en el plano subjetivo, que se tematiza a lo largo de la novela. Por el otro, su indeterminación tanto “biogénica” (el hecho de que su padre no exista ni en el recuerdo) como sociogénica (el hecho de que, dada su singular posición en el complejo productivo, no se sepa bien quién es). Veremos de qué manera el primer factor, que intuitivamente uno asociaría a procesos contingentes, estrictamente individuales, se encuentra estrechamente condicionado por el segundo.

Su condición de asalariado lo ubica efectivamente entre aquellos que se ven compelidos a vender su fuerza de trabajo; su forma efectiva de asalariado, sumada al segmento en que se ocupa como tal –la circulación de mercancías de consumo personal, privado– lo acercan a la configuración subjetiva que Marx hizo hacia 1852 de la pequeña burguesía:

No vaya nadie a formarse la idea limitada de que la pequeña burguesía quiere imponer, por principio, un interés egoísta de clase. Ella cree, por el contrario, que las condiciones *especiales* de su emancipación son las condiciones *generales* fuera de las cuales no puede ser salvada la sociedad moderna y evitarse la lucha de clases. Tampoco debe creerse que los representantes democráticos son todos *shopkeepers* o gentes que se entusiasman con ellos. Pueden estar a un mundo de distancia de ellos, por su cultura y su situación individual. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que no van más allá, en cuanto a mentalidad, de donde van los pequeños burgueses en modo de vida: que, por lo tanto, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a que impulsan a aquéllos (...) (MARX, 1972, p. 311).

Hacia la década de 1920, la pequeña burguesía alemana solo poseía una existencia fantasmagórica en la medida en que había abandonado la historia, continuaba de manera efectiva en la conciencia de estos empleados

como mezcla de ser y aspiración, como quintaesencia del ser humano, sin historia, sin determinaciones. La prueba del carácter fantasmagórico de la pequeña burguesía durante la República de Weimar, la indicación del alcance de su efectividad, fue ofrecida por Kracauer en lo que se considera como su punto de inflexión teórica marxista: su reseña de la traducción de la *Biblia* al alemán por Martin Buber y Franz Rosenzweig. Allí, Kracauer indica que la nueva traducción proviene del empeño de traer la palabra de Dios, de manera inmediata, al presente alienado. Su objeto es apelar al “hombre entero”, la “comunidad entera”, como si se tratara de formas de existencia por fuera de un proceso histórico en sí alienante. El absurdo de tal empresa se devela según Kracauer en que la palabra de Dios no se vehiculiza en una variable lingüística igualmente divina, sino que se utilizan expresiones que

proceden de la empresa mitológica y del anticuado romanticismo de finales del siglo XIX que fueron asumidos por la clase media, la cual necesitaba cubrirse espiritualmente las espaldas y por entonces, a consecuencia de su adecuación con respecto a la situación social, probablemente poseían algún grado de realidad. Una comparación con el alemán de Lutero, que aún tiene vigencia, demuestra que, mientras, aquellas palabras han sido reducidas a ruinas junto al camino (KRACAUER, 2006, p. 113).

Si dos figuras destacadas de la intelectualidad de la época, tales como Buber y Rosenzweig, no repararon en el sinsentido en que caían, esto se debe a que se trataba de un fenómeno ideológico de distorsión masivo en esos años. En el caso del sector social que Pinneberg representa, Kracauer diría en 1931 que: “Todo empleado prefiere ser una personalidad a lo que él entiende por proletario” (SKW, 5-3, p. 459). El recurso a una determinación asociada a un sector social objetivamente desaparecido (nótese que solo en Ducherow hay un médico, por lo demás mentiroso y tramposo; en el sistema de salud berlinés, Fallada únicamente presenta enfermeras; otro tanto sucede con abogados, curas, maestros, estudiantes: simplemente no existen en la novela) tiene como finalidad la diferenciación respecto del proletariado, un sector que, tanto para Fallada como para Kracauer, es el único capaz de salvar al empleado. Pinneberg le propone casamiento a una muchacha (empleada comercial ella también, aunque hija de proletarios) con la que espera un hijo y, cuando anuncia sus planes en casa de sus suegros, se desata una discusión en torno al significado de ser empleado:

–Empleado, lo que me faltaba por oír –dice Mörschel–. Ustedes se creen mejores que nosotros, los obreros.

–No lo creo.

–Sí que lo cree. Y ¿por qué lo cree? Porque su patrón no les aplaza una semana el cobro del jornal, sino el mes entero. Porque hacen horas extra no remuneradas, porque cobran

menos de lo que estipula el convenio, porque jamás hacen huelga, porque son los sempiternos esquirolas...
–No siempre se trata únicamente de dinero –se defiende Pinneberg–. Nosotros también pensamos distinto a la mayoría de los trabajadores, tenemos otras necesidades...
(FALLADA, 1955, p. 18).

Las otras necesidades que Pinneberg tiene, en tanto empleado, son cigarras, ropa planchada, diario, cine, manteca, café. Se trata de bienes de consumo que solo están para marcar una diferencia con el proletariado. Diferencia efectiva porque obstaculiza cualquier hermandad política, falsa porque se trata de una simple fachada. Otto Suhr muestra en 1928 un análisis estadístico de la distribución del salario de la familia alemana cuyo jefe es un empleado de comercio: los empleados gastan menos que los proletarios en comida, pues derivan sus ingresos a bienes meramente simbólicos de adscripción al sector. Otro tanto sucede con su vestimenta: invierten tanto en ropa como en alquiler (SUHR, 1928). Pinneberg, impresionado por la precariedad de la casa de la familia de su joven esposa, nunca pudo alquilar algo mejor. En esta tensión entre la efectividad de la conciencia pequeño-burguesa y su falta de sostén material, no es fortuito que Pinneberg lidie, como si fuera una pesadilla, con una imagen invertida del pequeño burgués: el marginado social, aquel que vive como lumpenproletariado o desempleado. El empleado de comercio alemán, su concepción atípica, sus categorías conservadoras, su doble moral, su noción ahistórica, existencialista, es el punto de encuentro entre el antiguo profesional y el proxeneta; que se encuentre entre los primeros en apoyar y contribuir al nazismo (que por cierto, aunque solo podamos rozar el tema, conjuga categorías ideológicas del prusianismo con llamamientos a satisfacción de impulsos sumamente particulares de los más denigrantes), no es, desde una posición retrospectiva, nada sorprendente.

3. ¿Pablos o Charlot?

“Pero en la cercanía, toda la historia se desata en mil problemas individuales” dice el narrador de *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?* (FALLADA, 1955, p. 30) y, en efecto, puesto que la visión de larga distancia está alienada (como en las secretarias que mecanografían), la conducta del empleado consiste en apariencias que solo desde cierto ángulo se mantienen. Apenas uno se acerca, se desenmascara a Pinneberg como lo que realmente es: un pobre tipo hijo de una prostituta que avanza desamparado a una condición de marginado. Tal recurso de la distancia como procedimiento narrativo para ilustrar cuán relevante es la brecha entre la

esencia y la apariencia de las relaciones sociales de las que proviene el empleado de comercio berlinés constituye un factor formal preponderante en la novela de Fallada. Un tipo recurrente de manifestación de este procedimiento es la narración duplicada en *tempi* diferentes del mismo evento. Primero se narra una sucesión de acciones de manera rápida, de manera que solo el lector atento puede inferir la miseria de Pinneberg a partir de algún que otro motivo que parece, por el momento, ser de naturaleza “libre”, por usar el par categorial de Boris Tomachevski. Mediante un giro analéptico del *syuzhet* vuelve a narrarse la misma sucesión; ahora adquieren, sin embargo, aquellos motivos un carácter “ligado”: se detiene en ellos de manera tal que emergen las relaciones elementales que hacen de Pinneberg lo que realmente es. La escena que sucede inmediatamente a su despido es un claro ejemplo de este procedimiento formal: solo en su “revisión a cámara lenta” vemos que el héroe ha, efectiva e irrevocablemente, ingresado en las filas de los marginados. Vive de prestado en una choza a 40 kilómetros de Berlín, sin calefacción, con un techo agujereado y su único ingreso es proporcionado por su mujer, que realiza esporádicas tareas domésticas⁷. Se trata, indudablemente, de uno de tantos otros procedimientos que la literatura adopta de formas visuales del reflejo en boga durante esos años: la fotografía y el cine. De hecho, Fallada recurre a varios de tales procedimientos: a la manera de un guión cinematográfico, nos encontramos frente a una prosa que prioriza la indicación de acciones puntuales antes que de procesos complejos; estos resultan de la actuación de los personajes. El uso casi absoluto del tiempo verbal presente como tiempo de la narración refiere no solo a la “presencia” de la imagen visual, sino también al hecho de que en el cine la procesualidad de las cosas coincide con aquella de la cotidianidad (a diferencia de cualquier otro arte)⁸. Las elipsis son afrontadas exclusivamente mediante cambios de escena (como la que sucede al despido) y por lo tanto han de ser inferidas a partir de la relación sujeto-objeto de la nueva configuración (en la escena en cuestión, sabemos que algún tiempo transcurrió por el tipo de cama en la que Pinneberg despierta etc.).

⁷ La proliferación de asentamientos marginales en las afueras de Berlín a causa de la crisis económica alemana es un fenómeno histórico también retratado por Slatan Dudow, Hans Eisler, Bertolt Brecht y Ernst Ottwalt en la película de 1932 *Kuhle Wampe oder Wem gehört die Welt?* (*Kuhle Wampe o ¿a quién le pertenece el mundo?*), pero, a diferencia del paraíso proletario que la película hace de estos asentamientos ilegales, en Fallada la miseria no ofrece esperanza alguna. Machado ha dado cuenta del juicio negativo que esta película generó en Kracauer y del debate subsecuente entre este y Bloch acerca del film (MACHADO, 2010).

⁸ La idea fue planteada por Lukács en su estética de vejez (LUKÁCS, 1982 IV, pp. 173 ss). Nosotros tratamos ciertas peculiaridades del reflejo cinematográfico en García Chicote (2015).

El foco en la relación entre esencia y apariencia asume hacia el final de la novela claridad: antes de visitar a su amigo Heilbutt, un antiguo colega suyo de principios y ética intachables que logró realizar el sueño de todo pequeño hombre gracias a la pujanza, en tiempos de crisis, de la industria pornográfica, Pinneberg se observa a sí mismo en el reflejo de un espejo colocado en la vitrina de un comercio:

Pinneberg se para delante de una tienda de modas, con un espejo grande precioso. Pinneberg se mira de cuerpo entero, no, ya no tiene buen aspecto. Los pantalones de color gris claro tienen muchas zonas negras por impermeabilizar el tejido con alquitrán; el abrigo está muy raído y descolorido, los zapatos, llenos de parches; en realidad Puttbreese tiene razón, llevar corbata con semejante indumentaria es una bobada. Es un empleado sin trabajo venido a menos, cualquiera se percataría a 20 pasos. Pinneberg se lleva la mano a la corbata, se la quita y la guarda en el bolsillo. (FALLADA, 1955, p. 295)

Comparado con la pose que adoptara ante al padre de su prometida, su nuevo estado solo puede mantener la existencia fantasmagórica del pequeño-burgués a una distancia de 20 pasos. Quien se acerque, disolverá aquella apariencia y verá quién es el hombre que tiene en frente: un marginal. Al final de la historia, el personaje está tan demacrado por la golpiza que le propina un policía (recordemos que Akaky también es maltratado por un policía luego de haber sido robado) que ni siquiera la oscuridad de la noche puede velar su marginalidad: se esconde para que nadie lo vea.

Ciertos rasgos de esta escena permiten una comparación entre Pinneberg y otros desahuciados de la literatura y el cine universales. Ante todo, el pícaro. En *La vida del Buscón*, de Quevedo, Pablos divisa en el camino a un “hidalgo” “con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto, el cuello abierto, más de roto que de molde... Sospeché que era un caballero que dejaba atrás su coche”. Pero cuando Pablos le pregunta por el coche, el presunto hidalgo se da vuelta, confundido, y deja ver su espalda: “y al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta que traía, la cual era tan sola que, tras verme muerto de risa, me pidió una prestada. Yo (...) vi que, de la camisa, no se veía sino una ceja y que traía tapado el rabo de medio ojo” (QUEVEDO, 1993, pp. 141 ss). La simulación exige el emplazamiento en cierta medida consciente de un número considerable de capacidades porque implica la reposición, mediante tomas de posición auténticas (no distorsionadas) de una falta natural (en realidad, siempre una falta social que se vive como natural e irrestituible: falta de sangre, de designio etc.). Puesto que no es fortuito quién pertenece, en sociedades precapitalistas, a tal o cual estamento, sino que esto se halla claramente dispuesto por

regulaciones que tienen una apariencia trascendente, cualquier “ascenso social” genuino se torna imposible (aunque en nuestros tiempos el ascenso sea tan raro como ganar la lotería, es, desde el punto de vista de su autenticidad ideológica, objetivamente posible). Porque nadie puede contrariar las leyes divinas, el pícaro ha de fracasar, pero su intento es también índice del emplazamiento en cierta medida no distorsionado de todas sus capacidades. Sin desconsiderar otros factores tanto o más relevantes, podría decirse que en la fama que gana en el siglo XVII la literatura picaresca – incluso en cenáculos aristocráticos como en el caso de Quevedo– incide esta “realización” (limitada) que se aprecia en torno al pícaro. Cuando, por el contrario, da exactamente igual quién detenta tal o cual adscripción a una determinada clase, esto es, en la medida en que la clase es una categoría que tiende a ser exclusivamente económica (es decir, cuando aquello que Marx llama “orgía del capital” ha cuantificado ya todos sus contenidos), la simulación pasa a ser un modo de comportamiento que excede la toma de decisiones del individuo y que, si bien asume por momentos la apariencia de una forma de vida más libre, es en definitiva la manera en que se “condena” al individuo que está llamado a seguirla.

En el caso de *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?*, en esta determinación no picaresca de la simulación traslucen sus funciones opresivas. La derrota que experimenta Pinneberg al verse en el espejo en una tienda de moda es la del fracaso de la apariencia: la frase “llevar corbata con semejante indumentaria es una bobada” señala el fin de su pertenencia al mundo de los empleados (llamados, también, “Stehkragenproletarier” –“proletarios de cuello blanco”). Pero si el empeño por cubrir una falta con la apariencia es lo que permite la entrada –momentánea– al mundo del *Glanz* pequeño-burgués, es el mismo empeño lo que acelera su salida de él: cuando cobra su primer sueldo, que resulta ser mucho más bajo de lo que esperaba y por el que no se había informado “porque no todo se trata de dinero” en la vida, Pinneberg gasta tres cuartos de su mensualidad en un toilette, un mueble que en la lógica de la novela solo tiene sentido como tema opuesta al mobiliario “sucio”, proletario, de la familia de su esposa. Este mueble, destinado a “limpiar” a su mujer de las raíces proletarias, que no tiene ninguna función y que demanda un cuidado extremo, funde prácticamente a la joven familia, pero no es desprendido siquiera cuando se ven forzados a mudarse a la choza en las afueras de Berlín.

El toilette en tanto símbolo de la simulación del empleado para la diferenciación respecto del proletariado y la identificación con el privado pequeño burgués muestra en qué medida dicha simulación aparece *primero* como una elección personal (deseo de vivir limpiamente, a diferencia de la familia proletaria de su esposa) y *luego* revela el carácter de imposición: un asalariado que asuma una apariencia de hombre privado es, desde el punto

de vista del capital, simplemente un hombre que se deja explotar casi sin ofrecer resistencia, un hombre que renuncia sin resistencia al control subjetivo de sus capacidades para la reproducción de su vida (esto no significa de ninguna manera que el individuo sea masoquista). Por ello, la simulación del empleado, si bien una categoría central de su existencia, no puede ser equiparada con la gran simulación picaresca del XVII español ni con otros ejemplos contemporáneos que fundan su simulación sobre factores precapitalistas del desarrollo desigual y que por lo tanto adquieren rasgos pícaros (piénsese en el campesino de *El soldado Schwejk*, de Hašek, o en el protagonista de *La tregua*, de Levi). La simulación del empleado es, en Fallada, una forma de dominio.

De la forma de manifestación del empleado como privado pequeño burgués, de la forma de su explotación sobre este tipo de manifestación, se sigue que el empleado, como participante objetivo de un segmento de transición objetivamente dado en la producción de mercancías, experimente el mundo sumido en el miedo de una trágica soledad, en el convencimiento de que solo una lucha eterna entre el mundo y el individuo puede servir de alegoría de la historia universal. El miedo en Pinneberg y su esposa es un elemento recurrente que atraviesa la mayoría de los capítulos: se basa en la conciencia de que se encuentran solos en un entorno que les es tan superior como adverso. El carácter de su soledad es, como dijimos, *simplemente la forma aparental efectiva en la que se lleva a cabo su explotación*: si se toma al personaje como empleado comercial, lo acompañan en la Alemania de fin de la década de 1920 tres millones y medio de colegas; si se lo toma como desempleado, el número asciende a seis millones. El mismo Pinneberg accede por un instante, solo parcialmente y en el medio de la desesperación, a esta comprensión cuando dice: “Eso es... porque nosotros no somos absolutamente nada. Estamos solos. Y los otros, que son exactamente como nosotros, también están solos. Cada uno tiene su propia opinión. ¡Si por lo menos fuésemos trabajadores! Se dicen ‘camaradas’ los unos a los otros y se ayudan...” (FALLADA, 1955, p. 259).

La verdad revelada, que convierte la *vivencia* dolorosa en *experiencia* de clase y que coloca a la novela de Fallada en serie con *El capote* de Gogol en el momento en que un joven burócrata reconoce en el “no me molesten” de Akaky el “soy su hermano” (GOGOL, 1994, p. 93), vuelve a las tinieblas una vez que Pinneberg logra resolver el problema individual que lo acucia en ese momento. Lo que aquí importa es que la novela como configuración apunta al valor histórico y abstracto de los sentimientos de aislamiento, soledad, miedo etc. Disposiciones que, repetimos, provienen de la imagen pequeño-burguesa que poseen los empleados. Si el demócrata del siglo XIX, que representaba los intereses políticos de la pequeña burguesía, creía, según Marx, que las condiciones especiales de su emancipación eran las

condiciones universales en cuyo marco solo la sociedad moderna podía ser salvada y la lucha de clases evitada, es porque al constituir una “clase de transición, en la que los intereses de dos clases se embotan el uno contra el otro, cree estar por encima del antagonismo de clases en general. Los demócratas reconocen que tienen enfrente a una clase privilegiada, pero ellos, con todo el resto de la nación que los circunda, forman *el pueblo*” (MARX, 1972, p. 313). Por lo tanto, el ideólogo que tenga voluntad política de interpelar a los empleados comerciales deberá invertir el triunfalismo demócrata mediante inyecciones de angustia y odio. El contador Lauterbach, colega nazi de Pinneberg, que suele presentarse al trabajo con el cuerpo destrozado por sus andanzas a la Sociedad 10 de diciembre y demuestra gran satisfacción por el nuevo diseño de su uniforme SA, a nada le teme más que al tedio: es este miedo el que lo ha convertido en un fascista convencido. No es fortuito que Fallada reemplazara al nazi Lauterbach por un colega fanático del deporte y el tiempo libre en la edición de la novela de 1935.

A pesar de las similitudes entre el personaje de Gogol y el de Pinneberg, hemos señalado diferencias sustanciales entre ellos, que provienen de la distancia temporal de sus configuraciones. La posición de Akaky frente al consumo sigue siendo, a mediados del siglo XIX, la de un rechazo espontáneo, inconsciente al capital. Es sugerente que la compra de un capote, condicionada no por factores de simulación (libres o impuestos), sino por el riesgo concreto de la hipotermia, impulse una serie de acontecimientos y acciones que terminen en la creación de un fantasma que recorre Rusia, restituyendo propiedad sustraída. El espectro de Akaki señala la necesidad objetiva de tal restitución a escala histórico-universal, así como la posibilidad de un accionar heroico que surja de la negación extrema de una vida que en el principio solo quería no ser molestada. El “¿y ahora qué?” de Fallada no arroja la necesidad objetiva de ninguna justicia sobre los daños perpetrados sobre el pequeño Pinneberg, sino que simplemente anuncia la imposibilidad de una continuación de su vida sobre las premisas que lo componen y que buscaban cierta emancipación con respecto de los procesos sociopolíticos formadores de sectores (la apariencia emancipada de la pequeña burguesía, diría Marx). Es por esto que la escena de la vidriera recuerda también las películas de Chaplin. Sobre el vínculo directo entre Charlot y los empleados comerciales ha advertido Walter Benjamin en un breve escrito de 1929. Allí arguye que los desempleados de cuello blanco que vagaban por el Strand londinense (esto es, aquellos que también llamaron la atención de Engels en 1894) habían servido de fuente inspiradora para creación de Chaplin (WBG III, p. 158). Por su parte, Kracauer se dedicó al análisis de las potencialidades revolucionarias en sujetos como Charlot,

desustanciados de toda determinación pequeño-burguesa (SKW 6.1, p. 269).

El “¿y ahora qué?” de Fallada designa la destrucción total de la esperanza que permitía a Pinneberg la aspiración a una vida privada, la misma esperanza que, por la puerta trasera, alimentaba la precarización del empleado (es decir, en estos términos, confirmaba la imposibilidad objetiva de una tal vida privada). Anuncia el “¿y ahora qué?” la necesidad lógica de que tal destrucción desemboque en la politización de Pinneberg, es decir, en su entrada en la esfera de pública de la acción política. Como tal, la esperanza era una forma superficial de existencia: atentaba contra la interioridad del individuo y homogeneizaba conductas en pos de la dominación. Dicha esperanza, no obstante, estaba destinada, por su lógica interna, al límite crítico. Sin esperanza ni interioridad, vuelto algo así como un Charlot, el individuo se politizaría. Pero, a diferencia de Gogol, que entendía, aun de manera fantasmal, que un desposeído tomaría con el tiempo conciencia de clase, Fallada coloca a Pinneberg frente a un doble umbral. La destrucción de la esperanza habilita objetivamente al pequeño hombre a tomar dos caminos totalmente diferentes. El primero lo entierra aun más profundamente en la sociedad burguesa, aquello que Hegel llama “reino animal del espíritu” y nosotros “capitalismo”: ese es el camino de su colega nazi que se jacta de los golpes que propina y recibe en su tiempo libre. El segundo, que implica el reconocimiento del otro como un igual en todos los niveles de la vida (“se dicen camaradas unos a otros y se ayudan”), realiza su genericidad. Pinneberg duda toda la novela entre el nazismo y el comunismo, su relativa independencia frente a ambos se basa en aquella esperanza que ahora no existe más. He aquí la ambivalencia de la destrucción del bagaje ideológico de la pequeña burguesía impulsada por el modo de producción capitalista en el sustrato histórico del mundo de los empleados. Parafraseando el argumento central de un ensayo de Kracauer acerca de la fotografía, la caída de la esperanza en los sectores medios, su *emancipación* respecto de ella es, para Fallada (como para Kracauer), “una secreción del modo de producción capitalista”; con ella se abre un abanico de posibilidades que colocan a la historia humana en un juego de “salta la banca” (SKW 5.2, p. 695) del que podría resultar el fascismo, o tal vez otra cosa, dignamente humana. Sea como fuere, la racionalización de las formas en las que el ser social se reproduce *no* avanza por una inexorabilidad que justifique el inconformismo conformista de intelectuales romantizados, sino que llama a la verdadera alianza de las armas y la crítica.

Referencias bibliográficas

- ADORNO, Th. W.; HORKHEIMER, M. *Dialéctica del Iluminismo*. Madrid: Editora Nacional, 2002.
- BALZAC, H. *Un ménage de garçon*. Paris: Alexandre Houssiaux, 1855.
- BAND, H. *Mittelschichten und Massenkultur*. Siegfried Kracauers publizistische Auseinandersetzung mit der populären Kultur und der Kultur der Mittelschichten in der Weimarer Republik. Berlín: Lukas Verlag, 1999.
- BENJAMIN, W. *Gesammelte Schriften*. 8 t. Ed. de R. Tiedemann y H. Schweppenhäuser. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1972.
- CHILDERS, Th. *The Nazi Voter*. The social foundations of fascism in Germany, 1919-1933. Chapel Hill y London: University of North Carolina Press, 1991.
- FALLADA, H. *Kleiner Mann – Was nun?* Berlín: Aufbau Verlag, 1955.
- FREUD, S. *Studienausgabe*. 11 t. Ed. de A. Mitscherlich, A. Richards y J. Strachey. Frankfurt a.M.: S. Fischer, 1969-1975.
- GRISKO, M. *Hans Fallada – Kleiner Mann – Was nun? Erläuterung und Dokumente*. Stuttgart: Reclam, 2002.
- KRACAUER, S. *Werke*. 9 t. Ed. de I. Mülder-Bach e I. Belke. Frankfurt a.M.: Suhramp Verlag, 2004-2011.
- _____. *Estética sin territorio*. Ed. y trad. de V. Jarque. Murcia: Colegio oficial de aparejadores y arquitectos técnicos de la región de Murcia, 2006.
- _____. *Los empleados*. Ed. y trad. de M. Vedda. Barcelona: Gedisa, 2008.
- LUKÁCS, G. *Werke*. 18 t. Ed. de F. Bensele. Neuwied y Berlín: Luchterhand; Bielefeld: Aisthesis Verlag, 1965-2005.
- _____. *La peculiaridad de lo estético*. Trad. de M. Sacristán. Barcelona: Grijalbo, 1982.
- MACHADO, C. E. J. “La crítica de Siegfried Kracauer a la novela reportaje o ‘el caso Brecht’”. Trad. de C. Czysezon. En: MACHADO, C. E. J.; VEDDA, M. (Ed.). *Siegfried Kracauer, un pensador más allá de las fronteras*. Buenos Aires: Gorla, 2010, pp. 149-70.
- MARX, K. *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Ed. Ciencias del Hombre, 1972.
- _____. *El capital*. México: Siglo XXI, 1985.
- QUEVEDO, F. *Vida del buscón*. Ed. de D. Ynduráin. Madrid: Cátedra, 1993.
- SPEIER, H. *German White-Collar Workers and the Rise of Hitler*. New Haven and London: Yale University Press, 1986.
- SUHR, O. Der Haushalt der Angestellten. *Afa-Bundeszeitung* 10 (1-1928), 3-4, 1928.